

Al anochecer se escuchaba el grito de mi madre para que entráramos. Luego de los retos inevitables: “por qué no cuidan a esta nena, miren cómo tiene todo el pelo lleno de ramas, y seguro esta noche se descompone por todo lo que comió”, hacíamos cola -por supuesto, yo última- para lavarnos las manos y ponernos a jugar a la perinola. En ese juego, en donde la suerte la dicta lo que se lee cuando la perinola deja de girar, siempre me salía “todos ponen” y a mis hermanos “toma todo”

© Nora Albalat, de “Aunque no me creas”, 2018